

MATER DESERTORUM

SUPLEMENTO DEL BOLETIN O. DEL ARZOBISPADO - DEPOSITO LEGAL - V. - 504 - 1958

Edita: Basílica de la Virgen, en la T. Colón, C. Amorós, 58. - Director: Emilio M.^a Aparicio

III EPOCA - AÑO XXI

AGOSTO DE 1973

NUM. 445

LA MADRE Y EL HIJO

12 de mayo de 1973.

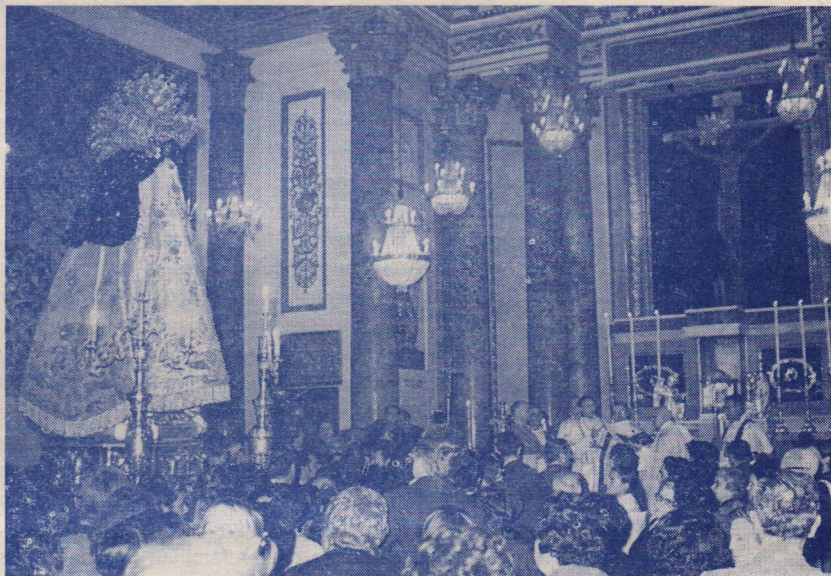
Son las nueve de la noche. Suavidad de clima. Con un fervor equilibrado, digno, llega la imagen de la Santísima Virgen de los Desamparados al mismo lugar donde se coronara canónicamente —esta mañana hizo el medio siglo—, ante los Reyes de España y todas las más elevadas dignidades y magistraturas de la Iglesia y del Gobierno, forasteros, valencianos...

Los que aún recordamos tal efemérides por vivirla y llevarla muy dentro de nuestro ser, este día de hoy nos sitúa emocionados ante él con doble aspecto: recuerdo y presencia.

Suenan vítores al descubrirse la pétreo recordación realizada en bloque de piedra e incrustada pieza de mármol con la escueta inscripción. Otra vez el "Himno de la Coronación". Oye-se el estrépido seco del cañón en el cauce casi exhausto del aldeaño Turia. Y entre el aleteo de las verdes hojas de eucaliptus y la variada arboleda de estos jardincillos, las avemarías cantadas como en la Misión de 1949 llegamos de este agreste espacio a la ya sensible plaza de Teodoro Llorente.

¡Cómo se abren balcones y miradores y ventanas ofreciendo flor deshojada al paso de la Santa Imagen! Ibamos admirando, aunque a distancia, el esplendor y brillo de estas mansiones; damascos, luces, reposteros en su exterior; terciopelos en sus cortinajes, marcos dorados y maravillosos muebles, en su interior, cuando al entrar en la calle de Trinitarios en acentuada penumbra rota por la espontánea iluminación de lámparas diversas, notamos un gratísimo perfume.

Embelesados por el derroche de rosas deshojadas que van ofreciéndose a la Santísima Virgen no acertábamos a especificar su causa. La aglomeración impide con exactitud dar con el hallazgo... Y tiene que ser al notar nuestros pies una mullida alfombra vegetal que había de ser del naranjo:



Un momento de la visita de la Patrona al Santo Cristo del Salvador.

pomos de hojas con su flor blanca y penetrante del azahar. ¡Qué detalle tan emotivo! Así como las rosas deshojadas nos recuerdan el tránsito de la santa Imagen por la Bolsería, en cambio, el azahar será siempre para nosotros estos instantes vividos en un traslado emotivo por estas calles recogidas y dignísimas de la ciudad antigua.

Más nos queda el colofón.

El paso ante el Santo Cristo del Salvador.

Ya por la placita de Santa Margarita oímos el gozoso repique de la gran campana de esta románica torre de piedra con vestigios de arcos y capiteles en lo más alto.

Detalle sentido de su señor Rector muy aficionado y sensible al sonar de las campanas.

Parecía que sólo se volvería la imagen de la Santísima Virgen a ver a su Hijo al quedar abierta la puerta principal de este Templo; más aún siendo ya cerca de las nueve y media de la noche, tras dos horas largas de recorrido tienen ánimo cuantos llevan las andas

de remontar los tres peldaños que suponen el penetrar en este recinto sagrado y ya dentro vuelven a reproducirse los vítores y exclamaciones y cánticos...

¡Qué instante tan sentido! La antiquísima efigie del Señor Crucificado, del Santo Cristo del Salvador, en su magnífico y resplandeciente templo con sus múltiples luces y el esplendor de los mármoles y bronces... ¡Encuentro tradicional de la Madre con su Hijo! ¡Como a nosotros, nacidos en estas calles tan cercanas a los templos de ambas venerandas imágenes, nos atraen por su advocación y secular presencia!

Vuelve a salir la imagen sin perder el rostro y nuevas y vibrantes emociones al aparecer la Virgen de los Desamparados en la modesta portalada exterior de esta antigua parroquia

Ya aparece —envuelta en las suaves luces del trono-anda—, por la esquina de Cruilles exacto lugar donde impresionáronse en la mañana de hoy idéntica de fecha y día de la semana, foto-

(Termina en la página siguiente).

Nuestra Virgen, en los Andes

Me encontraba en Medellín, Colombia, en los primeros días del mes de mayo de 1962, cuando, unos amigos me pidieron, por el único título de ser valenciano, que les celebrase una misa solemne el primer domingo, en honor de Nuestra Señora de los Desamparados, a la que profesaban, —me dijeron—, antigua, tierna y viva devoción.

La invitación me llenó de alegría y he de confesar que también de curiosidad, al enterarme que en este rincón del valle de Aburrá, en el corazón de los Andes, se sentía devoción a aquella Virgen, con cuyo "traslado" mi padre tenía, cada año, inexcusable cita —así como con su correspondiente ronquera— y al que nos llevaba, pequeños, no obstante el riesgo de perecer asfixiados. No resultó en balde esta costumbre que nos iba inculcando, pues entre los mios

LA MADRE Y EL HIJO

(Viene de la primera página).

graffias aparecidas en estas mismas páginas de MATER DESERTORUM.

Llegando al comienzo de esta calle del Salvador proseguimos hacia la derecha. La emoción crece al ver —nosotros—, en lo que fuere mansión de los Marqueses de Colomina, actual fundación Burguet, donde acógense bastantes niñas y jóvenes ciegas, cómo estos seres siguen con el oído el paso de la Santa Imagen por delante de esta residencia, situada en plena calle del Almudín.

Aquí aún perviven algunos edificios y calle de nuestra niñez sensibles en el silencio temprano desde el piso donde nacimos oír la descubierta de la Imagen Principal de la Virgen en los dos primeros domingos de mayo: fiesta de las muchachas y en el segundo, el día grande.

La Imagen e inmensa aglomeración sensible, devotísima, acompáñala sin desánimo, sin prisa, por la plazuelita de Moncada, calle estrecha y corta de Corts apareciendo en la ya casi gran plaza de la Mare de Deu.

Luminarias, banderas, los toldos del altar de flor que reproduce el hecho hoy conmemorado del Cincuentenario de la Coronación Pontificia y el prolongar aún más este Traslado dando la vuelta a la plaza... ¡Cuánta emoción y qué agradable cansancio luego de penetrar con la imagen en su Basílica ya cerca de las diez de la noche!

Gracias, Señora, por permitirnos nuestra presencia y conmemoración.

FRANCISCO J. LLOP LLUCH.

prendió —y perdura—, una fuerte devoción a la "Mareta".

Procuré satisfacer mi curiosidad, cosa que logré plenamente al recibir abundante y directa información de nietos y bisnietos de los protagonistas, que constituyen hoy una familia, más que unida, apiñada, pues se saben depositarios y transmisores de unos valores que les vienen de lejos —remontándonos en su genealogía—, y, no hay que ser insensatamente crédulos para pensar, que también les vienen desde arriba: don de Dios.

Y éste es el resultado de mi investigación. Triunfante el general Tomás Cipriano Mosquera en la guerra que promovió contra el gobierno de don Mariano Ospina, (1857-1861), éste, con otros miembros de su gabinete y partidarios, fueron capturados en Fugasugá, cuando se dirigían, huyendo, hacia el río Magdalena. Posteriormente fueron condenados a muerte.

El cumplimiento de la sentencia era inminente. Fracasaron todo género de gestiones realizadas para conseguir el indulto tanto por parte del arzobispo de Bogotá, Dr. don Antonio Herrán, como las de los representantes diplomáticos de algunas naciones, amigos comunes de las familias Ospina y Mosquera e incluso las de su propia y entrañablemente querida hija Amalia.

Esta actitud irreversible del victorioso general era explicable, conociéndole. Se dolía de haber sido tratado, por el gobierno que acababa de derrocar, como un vulgar bandolero, no obstante que años atrás, (1845-1849) había luchado sobre su pecho, la banda tricolor de Presidente de la República, y, haber estado, hasta la fecha con su levantamiento en armas, de gobernador del Cauca. Era un hombre insobornable y autoritario y esta condición le llevó a desterrar hasta a su propio hermano, Arzobispo de Bogotá, virtuoso y culto, fundador de "El Catoicismo", el periódico más antiguo del país. En todo caso, estaba firmemente decidido a pasar por las armas al Presidente Ospina y nada ni nadie le disuadiría de su empeño.

Ante la inminencia del triste desenlace, doña Enriqueta Vázquez, esposa de don Mariano, lloraba serena y valerosamente en su casa, cuando recibió, de noche, la visita de una persona desconocida que pidió verla **para hablarle de un asunto muy importante**. Llevaba esta persona en sus manos, una imagen de la Virgen pintada en lienzo, y, ofreciéndosela, le dijo: "Si usted, señora, se encomienda en estos momen-

tos a la Madre de Dios y promete honrarle bajo esta advocación de **Virgen de los Desamparados** durante su vida y transmitir a sus descendientes esta devoción, puede estar segura de que su marido escapará de la muerte a que está condenado".

La piadosa señora recibió la imagen con emoción y agradecimiento. La colocó en un altar que improvisó rápidamente, la adornó con flores y encendió unas velas. Hizo levantar a sus dos hijos pequeños que ya dormían, y, acompañados por el servicio, rezaron el rosario durante toda la noche, con gran fe en la protección de la Virgen.

Al día siguiente se enteró con gozo que el general Tomás C. Mosquera, había concedido el indulto de la pena de muerte aunque subsistía la condena a prisión perpetua en las bóvedas del castillo de Bocachica, fortaleza situada en la costa del Caribe no lejos de la ciudad de Cartagena.

La valerosa esposa, animada por esta gracia de la Virgen que le había concedido lo más difícil, se dispuso a no descansar hasta la total liberación de aquél cuyo único delito consistía en haber amado mucho a su tierra y a sus gentes.

Llevaba ya tiempo preso en los húmedos y lóbregos calabozos de la fortaleza y mediante una gestión consiguió que, por razones de humanidad, trasladasen a su esposo a la cárcel de la ciudad, desde donde se pudo llevar a cabo la evasión, facilitándole el descenso, a la media noche, a un solar contiguo que había adquirido en compra con la ayuda de algunos amigos políticos. Desde allí se dirigieron a la playa, embarcando en una nave fletada de antemano para dirigirse a Guatemala, donde permanecieron hasta 1880, en que regresaron a Medellín donde murió, cinco años más tarde, rodeado del afecto de sus familiares y amigos.

Estos hechos —concluía don Tulio, ex-ministro, ex-gobernador de Antioquía, nieto de don Mariano, sobrino y hermano de otros dos Presidentes de la Nación, en aquel primaveral atardecer en su finca Escocia—, los atribuímos indudablemente a la protección de la Virgen de los Desamparados, y por eso nuestra familia continúa y continuará celebrando cada primer domingo de mayo, una misa solemne con asistencia de todos sus miembros y ante la antigua imagen que un día llegó a nuestras manos por conducto de una persona desconocida.

AURELIO MOTA

Pamplona, abril de 1973.